

ÁNGEL SILVELO GABRIEL

PREMIO CARLOS MATALLANAS
DE NOVELA BREVE



LIBROS **CÚPULA**

LA UTOPIÍA DEL PORTERO

ÁNGEL SILVELO GABRIEL



LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Ángel Silvelo Gabriel, 2019
Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: mayo de 2019

© Asociación de Futbolistas Españoles, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A. www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2578-6
D. L. B. 6.083-2019

Impresión: Huertas
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Capítulo 1	13
Capítulo 2	21
Capítulo 3	27
Capítulo 4	37
Capítulo 5	45
Capítulo 6	55
Capítulo 7	67
Capítulo 8	77
Capítulo 9	89
Capítulo 10	101
Capítulo 11	109
Capítulo 12	117
Capítulo 13	135
Capítulo 14	145
Capítulo 15	157

CAPÍTULO 1

Todo está preparado. Los jugadores en el terreno de juego. Los guardametas bajo palos. El árbitro y los linieros dispuestos. Suena el pitido inicial. El balón comienza a rodar y la utopía del portero inicia su camino...

En la utopía del portero es posible dibujar líneas en el horizonte. También alcanzarlas. Pero en ese intento de acapararlo todo existe un riesgo que yo no advertí antes de empezar. El riesgo está en descubrir que las líneas del horizonte no se encuentran allí donde las dibujé. Ni tan siquiera tras el más asequible de mis deseos. Solo al final fui consciente de que las líneas del horizonte estaban dentro de mí mismo. En ese lugar que algunos denominan *alma*. Tras las experiencias vitales que nos dejan marcados para siempre.

Nunca quise ser portero, o guardameta, como decía mi padre. Es verdad, nunca quise ser portero más allá de soñar con parar un penalti en el último minuto. Yo quería meter

goles. Cuantos más mejor. Jugaba de extremo izquierdo. Pegado a la banda. Esperando la jugada perfecta. Esperando mi oportunidad de marcar un nuevo gol. Sin embargo, acabé jugando de portero. Hasta que años más tarde no leí a Camus, no supe entender la paradoja que iba unida a los cancerberos. Una paradoja que se pega a tu vida como un balón lo hace al guante de un buen arquero de fútbol. Aquella utopía surgió debajo de los palos de la portería. En la soledad del portero. Al otro lado de esa línea del horizonte que representa la meta contraria. La utopía del portero es marcar un gol. De falta. De cabeza. A la desesperada en el rechace de un saque de esquina. La utopía del portero es desear lo imposible...

Cuando empecé a jugar de arquero siempre tuve esa idea metida en la cabeza. ¿Qué era entonces esa utopía para mí? ¿Qué se escondía tras aquella postura? Irreverente. Inconsciente. Irracional. Aquella postura era del todo desconocida para un chico de apenas doce años. Desconocida excepto en un término que, entonces, no supe calibrar. Iba a ejercer de lo contrario a lo que estaba destinado. Como al final también me ocurrió en la vida. Mi padre me dijo que, si jugaba de portero, ya no marcaría más goles. Él, sin embargo, no supo darse cuenta de que eso no era lo más importante. Lo más importante era la renuncia que había tras ese gesto. La renuncia a mi sueño. Y eso que lo de hacerme portero fue casual. Como todo aquello que te viene asignado en la vida. Nadie elige a su familia. Ni su primer trabajo. Ni siquiera a su primera novia, porque ella es la que te elige a ti. Los sucesos y las circunstancias personales se forjan en el destino. Y mi

destino final era el de ser portero. Por mucho que no volviera a marcar un gol.

Todo sucedió sin darme cuenta. Como respuesta a la sinrazón de los demás. Una mañana de primavera. Una de esas mañanas en las que todos soñaban con ser el pichichi de la clase. Una de esas mañanas en las que nadie quería pasar el recreo solo. Pegado a una línea de gol imaginaria y a dos montones de ropa que hacían de postes. Aquella mañana yo decidí sacrificarme por el resto. Entonces no conocía qué era eso de sacrificarse por los demás, y mucho menos lo que era estar solo, sin más. Sin embargo, enseguida descubrí que desde la soledad del portero podía entretenerme en dibujar a mi antojo las líneas de mi horizonte. Aunque, con el tiempo, también comprendí que esa táctica no era la mejor para distraer la soledad que me acompaña desde ese día. La que yo he nombrado como la soledad del portero. Esa que, a lo largo de los años, hallé lejos del fútbol. En la literatura. En Nabokov. En Camus...

Camus también se vio abocado a jugar de portero. Camus era pobre y su abuela no le dejaba ni correr ni jugar al fútbol. Sus ansias de libertad solo recibían el castigo de los golpes de una correa sobre su cuerpo. Él no podía gastar las suelas de sus zapatos porque había que reponerlas. Y eso costaba un dinero que su familia no tenía. A mí, sin embargo, el destierro de la portería me llegó por la desidia ajena. A mí, que también me daba rabia no correr junto a mis compañeros y amigos. Pero más rabia me daba perder el tiempo discutiendo en vez de jugando. Y cometí un error. Mi error consistió en creer que

no me importaba estar solo. Creando soliloquios. Silencios de infancia y adolescencia que el tiempo me devolvería con creces. ¿Por qué nadie me dijo entonces que rasgar hojas en blanco componiendo un poema, armando un relato corto o escribiendo una novela conllevaba aceptar que iba a estar solo durante tanto tiempo?

La habitación en la que me encuentro no llega a estar a oscuras. La rodea una tenue penumbra. Una tenue penumbra interrumpida por la luz que desprende el televisor. Miro a mi padre con la incredulidad que me ha proporcionado el paso del tiempo. Mientras le observo, él mira cómo los jugadores corren enfervorecidos detrás de una pelota. Apenas pestañea. Los goles van cayendo uno tras otro. Los goles van cayendo hasta llegar al número de doce. Mi padre guarda silencio mientras atiende a la televisión. Al contrario que aquel 21 de diciembre de 1983. El día que la selección española se clasificó para la Eurocopa del año siguiente. Después de ganar doce a uno a Malta. Yo no recuerdo qué hice ese día. Si acaso, los recuerdos de aquella gesta me vienen a través de la euforia que mi padre exteriorizó después del partido por tan contundente e inesperada victoria. Aquella hazaña deportiva que, con el devenir de los años, se convirtió en uno de esos hitos del fútbol español que todo buen aficionado de vez en cuando te recuerda. Un recuerdo que mi padre todavía tiene dentro de su memoria. Aunque sea a ráfagas. Como el puñetazo de Tassotti a Luis Enrique en el Mundial de Estados Unidos de 1994. O el partido Corea del Sur-España del Mundial de 2002. Por no hablar de la cantada de Arconada en

la final de la Eurocopa de Francia en el año 1984. O del fallo del penalti de Raúl, también ante Francia, en el año 2000, que hubiese forzado la prórroga en los cuartos de final de la Eurocopa. Sin embargo, mi padre no sabe ni sabrá que años más tarde España ganó dos Eurocopas, ni tampoco que ganó un Mundial. Pero eso no parece importarle. Él todavía sigue tan embelesado con el partido como si correspondiese a ese mismo momento y no a treinta y cinco años atrás. Desde que le diagnosticaron la enfermedad de Alzheimer, mi padre ha dejado de ser él mismo. Lo ha hecho poco a poco. Como si se fuese desdibujando a sí mismo cada día tras pasarse una goma de borrar sobre su cuerpo. Y sobre sus recuerdos. Igual que si hubiese renunciado a dibujar las líneas de su propio horizonte.

«¡Ha sido falta!», dice, rompiendo el silencio de aquella habitación perdida en las rendijas del tiempo. Siempre lo hace en la misma jugada. Del mismo partido. Con la misma emoción. Sé que no se volverá a levantar del sillón hasta que el cedé llegue al gol definitivo de Señor. Esa es mi utopía. La utopía del portero. La utopía de una persona que en su día renunció a volver a marcar un gol. El gol como fuente de salud. La pasión por un partido de fútbol como terapia. El fútbol como mejor medicina para luchar contra el olvido, me digo no sin resignación. La dinámica de la utopía es sencilla. La de la resignación que conlleva, no. Comenzamos repasando la alineación de la selección española. Lo hacemos en voz alta. Yo vocalizo muy despacio, uno a uno, los nombres de los jugadores. Y él va repitiendo lo que yo digo. Bu yo, Ca

ma cho, Ma ce da, Goi ko et xea, Víc tor, Se ñor, Gor di llo, Ca rras co, Sa ra bia, Rin cón y San ti lla na. Cuando se atasca le digo que no se preocupe. Pero él me mira sin entender del todo aquello que yo le digo. Menos mal que, en cuanto la pelota se pone en movimiento, deja de prestarme atención. Hora y media después sé que tendré que subir el volumen del televisor para que oiga de una forma clara la desgarrada voz de José Ángel de la Casa. «Señor y Víctor. Víctor. Ha caído Señor. Señor... Gooolll, gooolll de Señor, gooolll de Señor. El número doce de Señor.» «Esto parece increíble, el milagro se ha conseguido», añade Alfonso Azuara, después de que De la Casa se haya quedado sin voz. Entonces es cuando mi padre se levanta del sillón y, sin un motivo aparente, exclama: «¡Miguel Muñoz, eres un tío cojonudo!». Lo dice de carrerilla. Justo después de que en el céde el entrenador español salga diciendo ante los micrófonos de Televisión Española que «es el día más feliz de mi vida». Yo no le digo nada. Me limito a sonreírle. Sé que es inútil recriminarle. Al principio le decía que no dijera tacos, pero ya no lo hago. Así me ahorro que me diga que quién soy yo para decirle eso. Mi padre ya no me reconoce. No sabe que soy su hijo. El mismo al que un día le dijo que no jugara de portero, que lo suyo era marcar goles. El mismo que un día llevó a casa un trofeo como mejor portero del campeonato regional en el que jugaba. Entonces todo era diferente. Eran otros tiempos. Transcurrían los últimos años de la década de los setenta. Cuando todavía los jugadores eran ídolos y no estrellas. Cuando todavía los jugadores eran personas con las que podías hablar sin necesidad de hacerte

una foto con ellos. Cuando todavía la camiseta de la selección española era el mejor regalo de Reyes.

Espero a que mi padre se calme para apagar la televisión. El salón se queda, sin previo aviso, a oscuras. En ese instante, él siempre me dice: «¡Qué haces!». Pero su mirada enseguida se pierde en la nada. Como si buscara esa línea del horizonte que él parece no saber que se encuentra dentro de sí mismo. Acto seguido enciendo una lámpara. Y la tenue penumbra que hasta hace un momento reinaba en el salón de nuevo regresa a su lado. Él se queda más tranquilo. Y yo me limito a esperar en silencio. Dentro de poco llegará la persona que le cuida y yo abandonaré su casa hasta el día siguiente.